

Universidad Nacional  
Escuela de Literatura  
y Ciencias del Lenguaje

C I L A M P A

Cuaderno de apoyo  
didáctico para los  
profesores de español  
de secundaria

COMISION EDITORIAL: Flora Ovares, Margarita  
Fojas, Albino Chacón

Agosto, 1989  
Heredia, Costa Rica

## EL ENSAYO ESPAÑOL EN EL SIGLO XX

Una de las definiciones de ensayo más comunes y más superficiales es aquella que me lo define como "literatura de ideas". ¡Como si los otros géneros literarios no tuvieran también ideas! Sin embargo, dentro de una concepción ya superada de la literatura, aquella que separa la forma del contenido, y que da preferencia al aspecto formal, con tal definición debemos entender que el ensayo, aparte su preocupación formal, mantiene también una preocupación por la originalidad y cantidad de información que nos brinda. Esto, claro está, en cierto tipo de ensayo (científico, filosófico, etc.), porque también tenemos los llamados ensayos líricos o poemáticos, género muy difícil de distinguir del poema en prosa, ya que en ambos tenemos la efusividad de un yo lírico.

No obstante, y dados los propósitos de este trabajo, atengámonos a la definición simbolista y unámonos al coro que dice que el ensayo es "literatura de ideas", en el entendido de que la separación entre fondo y forma es totalmente artificial y que la hacemos sólo por razones didácticas. Aclarado esto, cabe preguntarse qué es más importante en un ensayo; si lo es la literatura (forma) o lo son las ideas (contenido). Según la importancia que demos a uno de estos dos aspectos, daremos preeminencia a unos u otros ensayistas. Así Maetzu será más valioso que Azorín o viceversa, y

pocos serán los casos, como el de José Ortega y Gasset, en que se dé un perfecto equilibrio.

Al destacar a ciertas figuras de la literatura española del siglo XX que han cultivado el género que nos ocupa, señalaremos, con criterio ecléctico, aquellas que han sobresalido en el campo de las ideas o en el aspecto estilístico, o en ambos, y cuya influencia ha sido decisiva para la literatura en lengua castellana en la presente centuria.

Como es bien sabido, la literatura española del siglo XX se inicia con lo que se ha llamado Generación del 98, cuya existencia algunos discuten y cuyo jefe, en cierta manera, es Miguel de Unamuno (1864-1936).

El acontecimiento histórico que aglutina a esta generación es la guerra entre los Estados Unidos y España, en la cual ésta pierde sus últimas colonias, culminando así la decadencia que desde siglos atrás venía presentándose. Esto hace reaccionar a un grupo de, entonces, jóvenes escritores, quienes se preguntan el porqué del fracaso español y piensan en cuáles serían las medidas con que España podría alcanzar el grado de desarrollo político, científico, industrial y artístico de las potencias europeas. Esta va a ser la preocupación fundamental de Unamuno cuya fórmula, en un principio, es la de europeizar España. Decimos en un principio porque, más tarde, va a atenuar esta fórmula hasta llegar a decir, paradójicamente, que lo que hay que hacer es españolizar Europa.

Esto no nos debe extrañar, ya que si algo caracteriza el pensamiento de Unamuno es la paradoja y la contradicción. Esta idea del intento de europeizar España va a ser una constante no sólo en su pensamiento y en el de su generación, sino en toda la literatura española del siglo XX. Se piensa que el pasado español, por glorioso, es una especie de carga que impide el movimiento ascendente. Esto en todos los as-

pectos y, en su momento, también en el lenguaje, que, según nuestro autor:

"necesita, para europeizar a la moderna, más ligereza y más precisión a la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende a las anquilosis; hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres."

Y revolución en el lenguaje es la que va a llevar a cabo su compañero de generación Azorín (José Martínez Ruiz 1873-1967). Menos radical que Unamuno, piensa en rescatar los valores españoles y proyectarlos hacia un futuro. No solamente los valores reconocidos, sino también algunos injustamente preteridos. En este aspecto, Azorín es uno de los maestros de la crítica literaria impresionista. Además, al igual que Unamuno, es un gran exaltador del paisaje español, especialmente el castellano.

Estilísticamente, Azorín rompe con el período largo y pesado, hecho con base en subordinaciones sintácticas, del siglo XIX, para presentar un estilo ligero. Esta ligereza la logra por el uso de oraciones cortas, con base en la yuxtaposición; estilo que va a ser modelo de claridad, imitado hasta escolarmente. Estas breves oraciones siguen el modelo más simple posible; las atributivas sujeto + verbo atributivo + atributo y las predicativas sujeto + verbo + complemento directo + complemento indirecto + complementos circunstanciales. Veamos cómo funciona el modelo:

"Lector: yo soy un pequeño filósofo;  
yo tengo una cajita de plata de fino  
y oloroso polvo de tabaco, un sombre-

ro grande de copa y un paraguas de seda con racia armadura de ballena. Lector: yo emborrongo estas páginas en la pequeña biblioteca del Collado de Salinas. Quiero evocar mi vida. Es medianoche; el campo reposa en un silencio augusto; cantan los grillos en un coro suave y melódico; las estrellas fulguran en el cielo fuliginoso; de la inmensa llanura de las viñas sube una frescor grata y fragante".

Hemos destacado dos grandes ensayistas de la Generación del 98. Las ideas de Unamuno todavía siguen siendo motivo de polémica; la influencia del estilo de Azorín es tal que aún seguimos siendo sus deudores y herederos. Esto no quiere decir que sean los únicos, ya que en la misma generación hay otros grandes ensayistas, como lo son Angel Ganivet (1865-1898) y Ramiro de Maetzu (1875-1936).

Un poco menor que los escritores citados es José Ortega y Gasset (1883-1955), a quien no se considera ya dentro de la Generación del 98.

Este autor es el filósofo más importante de toda la historia de la filosofía española, y, sin lugar a dudas, el pensador español que más influencia ha ejercido en la primera mitad del siglo XX. No es nuestro objeto analizar su sistema filosófico sino llamar la atención sobre el raro fenómeno de un filósofo asequible al gran público, en parte por su estilo y también porque sus ensayos no se limitaron a una temática estrictamente filosófica, sino que escribió prácticamente acerca de todo: literatura, política, pintura, costumbres, etc. Es así que comprendemos la gran influencia que ejerció (y ejerce todavía) no sólo desde su cátedra universitaria, también desde sus libros y, muy especialmente, desde sus escritos en la prensa periódica.

Dos afirmaciones de Ortega nos explican este

fenómeno: "La cortesía del filósofo es la claridad" y, hablando de las circunstancias en que le toca comenzar a filosofar "Era menester seducir hacia los problemas filosóficos con medios líricos". Esto hace que muchas veces nos distraigamos de lo que está diciendo por la manera en que lo dice.

En la segunda mitad del siglo XX, en España, al igual que en el resto del mundo, los periódicos han dado acogida a las opiniones de los intelectuales con sus artículos, algunos de los cuales son verdaderos ensayos. No obstante, o por esto mismo, ya no es tan fácil deslindar los ensayistas de los cultivadores de otros géneros. Tenemos al novelista o al autor dramático que opina sobre diferentes temas, al igual que lo hacen el filósofo, el pintor o el músico.

Tal es el caso, y sirva a modo de ejemplo, del gran novelista Juan Goytisolo, autor de muchos y muy importantes ensayos en donde se vuelve a cuestionar la esencia de lo español y el problema de la europeización de España. Con lo cual vemos la vigencia de las inquietudes sembradas por la Generación del 98.

FERNANDO ARTURO ARCE V.